

---

## NECROLOGÍA

### **JUAN SARDÁ DEXEUS: «IN MEMORIAM»**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Olea

Sólo quiero ocupar unos momentos brevísimos en esta sesión en memoria de nuestro llorado compañero Juan Sardá Dexeus.

No sé por que razón —imagino que no porque nuestras medallas, 21 y 22, tuvieran numeración correlativa— ocupamos durante años siempre lugares vecinos en las sesiones ordinarias, más o menos en el lado de la mesa en que ahora estoy sentado. Me permitió ello cortas conversaciones con Sardá, muchas veces iniciadas antes y prolongadas después de la sesión sobre múltiples temas de los cuales quisiera subrayar uno en el que más de una ocasión me instruyó, y con el que me sentí incorporado al número de sus alumnos.

No tengo necesidad de insistir aquí ante especialistas tan ilustres, que uno de los motores esenciales de la Revolución industrial fue el ferrocarril; el ferrocarril al que se aplicó la máquina de vapor de Watt, tras las mejoras incipientes en la ferrovías con vagones movidos por tracción animal. El ferrocarril a vapor, de un lado por la extraordinaria demanda que generó, así de carbón como de productos siderúrgicos, y de otro porque rompió definitivamente el aislamiento de los mercados locales y comarcales de productos agrarios e industriales; el ferrocarril, digo, lo que hoy es trivial a fuerza de sabido, con una cita compuesta de la *Geografía Histórica de Europa* de Pounds y de la *Crisis de la Sociedad Industrial* de Birnbaum, «es la pre-condición del desarrollo del sistema fabril y del uso efectivo de la máquina de vapor, que unidos a la fundición de hierro y a las nuevas máquinas de hilar y de tejer, constituyeron el armazón de la nueva sociedad». Cuando estaba leyendo yo sobre esto, naturalmente pen-

sé que el orto de la Revolución industrial en España había de estar ligado al de sus ferrocarriles.

Y aquí es de donde vino en mi ayuda D. Juan Sardá, remitiéndome además para datos concretos a su libro *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX*, un libro editado en 1948 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Contiene el libro un breve referencia al impacto de las industrias textiles, sobre todo de las catalanas que por cierto, nos dice Sarda, (pág. 75) sufrieron hacia 1833 un fuerte crisis. Lo que impidió que, al igual que los luditas de Birmigham, los hiladores de Sabadell y Mataró quemaran las *self-acting machines* e incluso, consiguieran que por bando de la autoridad quedaran «prohibidas las expresadas máquinas... de nueva invención conocidas como selfatinas», debiendo emplearse las mismas «que hasta ahora se han usado», decía el bando.

Pero lo importante fue el ferrocarril al que *La política monetaria...* de Sardá dedica su atención un y otra vez. En 1855, sólo se habían terminado las líneas ferroviarias de Barcelona a Mataró, a Granollers y a Martorell, y de Madrid a Aranjuez, «el tren de la fresa», que en conjunto no llegaban a 150 Kms. de tendido (pág. 134), produciéndose la eclosión a partir de la Ley de Ferrocarriles de 1855, de forma que hacia 1870, se había saltado de los 150 Kms. dichos a los 6.000, aumentando progresivamente la red hasta los 12.000 Kms. de 1900. Las páginas 262 a 266 detallan esta evolución y la formidable importancia de los capitales extranjeros en el ferrocarril, y con ello en la industrialización en nuestro país, explicándose además el porqué de esta afluencia, y fijando de paso y sobre todo donde hay que situar las fechas de su despegue.

Podía seguir, pero me parece que ya he ocupado más tiempo del que quería. Desde hace bastantes ediciones en la parte que trata de la Revolución Industrial el capítulo que a la «Emergencia y desarrollo del Derecho del Trabajo» dedica mi *Introducción*, aparecen las citas del libro de Sardá sobre el ferrocarril como desencadenante de la primera industrialización en España a mediados del siglo XIX y sobre los balbuceos de la industria textil (en la última edición de 1994, notas 217 y 230 del capítulo citado).

Queden pues ampliadas aquellas citas con estas palabras en memoria de a quien le son debidas, D. Juan Sardá Dexeus, q. S. g. h.

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana

La Sesión ordinaria que hoy celebra la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas pretende tributar un justo homenaje y un sentido recuerdo a un Académico inolvidable, Joan Sardá i Dexeus, fallecido en su Barcelona natal el 23 de diciembre de 1995.

Joan Sardá sería designado Académico en la sesión celebrada el 14 de enero de 1964, asignándosele la medalla número 22 de la Corporación. Una medalla que contaba, por circunstancias que parecían elegidas por la Providencia, con un primer titular que el propio Joan Sardá de poder, habría elegido para ocupar su puesto en la Real Academia. Porque la tradición de la medalla 22 la había iniciado Laureano Figuerola y Ballester, nombrado en la Junta Preparatoria de la Corporación el 29 de noviembre de 1857. Figuerola pasaría a nuestra historia económica como catalán, liberal y monetarista, tres atributos difíciles de reunir en una misma persona. Tres atributos con los que coincidiría Joan Sardá en su ejecutoria vital. Laureano Figuerola traería a las sesiones de trabajo de la Real Academia su talante liberal y sus preocupaciones por fundamentar el sistema monetario español articulado en torno a la nueva unidad de cuenta —la peseta— que él definiría en el R.D. de 1868 como Ministro de Hacienda. Las intervenciones de Joan Sardá en las sesiones académicas responderían a esa tradición liberal y monetarista. De la tradición liberal recuerdo sus inolvidables intervenciones —recogidas en los Anales de la Corporación— sobre el pensamiento de Adam Smith con ocasión del bicentenario de «La Riqueza de las Naciones» y el repaso magistral del papel y las funciones de una economía de mercado frente a la sociedad que vivía la crisis de los años 70. De su especialización en los temas monetarios, las sesiones de la Real Academia guardan el recuerdo imperecedero de su Discurso de ingreso sobre la Reforma Monetaria. Un discurso ejemplar en el ejercicio de dos virtudes que dominan los escritos del profesor Sardá: su excelente información sobre los distintos aspectos tratados y su claridad expositiva, lo que convertiría a este ensayo-discurso en un texto profusamente utilizado en la Universidad española, en la que ganaría nuevos admiradores y discípulos.

\* \* \*

Cuando Joan Sardá llegaba a la Real Academia, lo hacía con la compañía del cariño, el respeto y la admiración de los economistas españoles, ganada tras largos años de ejemplar entrega a las tareas del servicio público al país en los campos de la política económica y la docencia universitaria.

La figura de Joan Sardá como economista ha dejado tras de sí la estela de su consejo permanente al servicio de la economía española, cuyo mejor ejemplo fue el Plan de Estabilización de 1959. De estabilización y *liberalización*, como él gustaba denominarle, para imprimir sobre su contenido el sello de apertura al exterior y de liberalización de los mercados como rasgo fundamental del que constituía su principal propósito.

En la vida de todo buen economista profesional suelen producirse circunstancias en que disfruta de la oportunidad de participar e influir decisivamente en las elecciones cruciales que condicionan y cambian la política económica de un país. A Joan Sardá esa oportunidad vital se la ofrecería la coyuntura difícil y crítica de julio de 1959, cuando, tras años de una administración económica plagada de costosos intervencionismos estatales y, agotadas las reservas exteriores, llegó la hora de cambiar la política económica del país. Es hoy conocido por todos los economistas, y por quienes vivieron los acontecimientos de ese tiempo, que Joan Sarda se convirtió en el inspirador fundamental y en el redactor de muchos de los documentos en los que se plasmaron las principales medidas en las que se contenía un cambio histórico de la política económica española. El desarrollo de España en los años sesenta fue un fruto de la semilla contenida en el Plan de Estabilización, que abrió la economía al exterior y liberalizó del intervencionismo estatal omnipresente y distorsionador a los mercados de bienes y servicios del país.

Para inspirar y, en buena parte dirigir, esta operación estabilizadora y liberalizadora de 1959, Joan Sardá contaba con las oportunidades extraordinarias que había sabido reunir a lo largo de su vida. Sin duda, Joan Sardá era el más cosmopolita de los economistas españoles de su generación. Sus años iniciales de formación en la London School of Economics y en la Universidad de Munich, seguidos de su larga y fructífera estancia en el Banco Central de Venezuela, le habían convencido bien pronto de que sin un conocimiento de la economía internacional y sus problemas, y sin una apertura exterior que insertara a la economía española en la internacional, era muy poco lo que podía hacerse para lograr el desarrollo del país. Esa visión de Joan Sardá —el planteamiento de los problemas básicos de la economía española desde la perspectiva exterior— sería la que llevaría consigo al aceptar la dirección del Servicio de Estudios del Banco de España, que le fue ofrecida, por casualidad afortunada, en 1956.

En el Servicio de Estudios del Banco de España, Joan Sardá desarrollaría una actividad que unía eficiencia y discreción para modernizar las tareas de asesoramiento del Banco y sus publicaciones, desde las que irradiaría su forma de ver los problemas del país y la información básica para plantearlos y

entenderlos. Fue esa posición ganada por Joan Sardá en el Servicio de Estudios del Banco de España la que le situaría en el punto clave para realizar su aportación decisiva en el Plan de Estabilización y *Liberalización* de 1959.

Joan Sardá fue mucho más que un consejero económico solicitado y respetado. Fue un conocedor profundo de la historia financiera y económica de España, como demuestran sus importantes contribuciones al conocimiento de la política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX y su relato de la historia del propio Banco de España. Unas contribuciones decisivas para entender la orientación básica de apertura e internacionalización de la economía española a la que respondieron sus propuestas de política económica.

Joan Sardá fue también un maestro. Un magisterio que, como ha afirmado Luis Angel Rojo, le concedieron sus discípulos, y que él ejerció a su pesar, porque su modestia y discreción le llevaban a enseñar con el ejemplo y el diálogo, y no con la lección magistral y el examen riguroso. Pero estos alumnos, ganados por el ejemplo y el trabajo, fueron importantes, y han desempeñado, y desempeñan, funciones destacadas en la Universidad española, en la política económica del país y en las instituciones financieras.

A partir de su salida del Banco de España, Joan Sardá continuaría trabajando en sus temas preferidos de política monetaria, economía internacional y de la proyección de las ideas de los grandes economistas sobre la vida de nuestro tiempo. Trabajos de los que esta Real Academia ofrece un importante testimonio.

\* \* \*

John Maynard Keynes afirmó en una oportunidad que la obra de un economista debe juzgarse, ante todo, por su contribución a resolver eficazmente los problemas de la sociedad en la que vive, demostrando en ese comprometido frente su competencia y su capacidad. Resulta hoy evidente que pocas ejecutorias, si alguna, son comparables a la que con discreción, modestia, perseverancia y conocimiento de los problemas económicos españoles presenta la obra y el consejo de Joan Sardá a lo largo de su vida.

Son esas aportaciones y el ejemplo de su ejecutoria los que nos obligan hoy a lamentar su ausencia irreparable y a testimoniar a sus familiares nuestro más sentido pésame y hacerles llegar la compañía del afecto y el reconocimiento de cuantos integramos la Real Academia.

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Juan Velade Fuertes

Recuerdo perfectamente cuándo me encontré por vez primera con Juan Sardá. Estuvo éste muy aislado de los grupos más influyentes en los diversos tribunales de oposición a cátedras de Universidad. Sin embargo, le había brindado su apoyo nuestro compañero Luis Olariaga, que siempre se distinguió por su independencia y por su capacidad para conocer dónde existía un economista merecedor de orientación o de amparo. Algo me había hablado el profesor Olariaga de Sardá y de sus problemas. Así que no me extrañó cuando una mañana me convocó a su despacho de director del Consejo Superior Bancario y me dijo: —«Ahí, en la sala de juntas, tiene usted a Sardá. Oriénteles por la biblioteca de la casa, para que conozca los fondos que tenemos y, aparte de esto, ayúdeles siempre lo que pueda. Es un catalán capaz, inteligente y discreto. Es de los que vienen bien a la Universidad. Por eso, si le pone en guardia, cuando intimen un poco, contra alguna extravagancia de esas que a usted tanto le entusiasman, de Joan Robinson, Lange y otros que mezclan keynesianismo y marxismo, escúchele, porque le hará a vd mucho bien.

En la penumbra de aquel salón donde se reunía la flor y nata de nuestros banqueros en los años cuarenta, en el palacete de la calle del Marqués de Cubas que ocupaba el Consejo, hundido en un sofá de un tresillo, estaba un hombre menudo, con ojos vivísimos, con habla muy queda y evidente acento catalán. Me agradeció muchísimo todo lo que hice por él y, cargado de libros y revistas, se fue. Así, lleno de curiosidad por conocer algo más de aquella persona de cuya obra yo había trabajado exclusivamente *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Economía «Sancho de Moncada, 1948), y de la que Olariaga me haría leer al poco tiempo un trabajo elaborado conjuntamente con Lluç Beltrán —*Els problemes de la Banca Catalana* (Institut d'Investigacions Econòmiques, 1933)—, comencé a establecer los primeros lazos de amistad con nuestro llorado compañero. A lo largo de ella procuré aprender de dónde procedían tres cosas: una cultura muy amplia; un buen sentido extraordinario aplicado a la economía, y un deseo evidente de hacer carrera como docente e investigador.

Poco a poco me convertí en alguien que escudriñaba incansable esa figura. Algunas veces, de modo más intenso, como cuando formamos ambos parte de la Comisión Consultiva que reunía en torno a sí nuestro compañero Laureano López Rodó, en la época en que fue Comisario del Plan de Desarrollo; o cuando sucedió a nuestro compañero Manuel de Torres, al fallecimiento de éste, como

profesor de Teoría Monetaria en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas; o, finalmente, en los primeros años tras mi ingreso en esta Real Academia, etapa en la que tuve la fortuna de hablar en algunas ocasiones bastante ampliamente con él. Tuve, además, en su despacho de Decano-Comisario de la naciente Facultad de Ciencias Económicas de la nueva Universidad Autónoma de Barcelona, una larga conversación alrededor del problema universitario catalán y sobre sus recuerdos de la Universidad Autónoma que existió en Barcelona hasta que desapareció en febrero de 1936, aparte de la conmoción sufrida a manos del gran amigo de mi padre, Ramón Prieto Bances, ministro de Instrucción Pública de la II República, como consecuencia de la intentona revolucionaria de octubre de 1934. Salimos paseando del nuevo centro, y nos adentramos inmediatamente por el Barrio Chino. Me contó mil anécdotas jugosas sobre personas y acontecimientos ocurridos en él. La última vez que hablé despacio con Sardá fue aquí. Me orientó maravillosamente en relación con las conexiones existentes entre el círculo de Friburgo, el grupo *Ordo*, la revista *Kyklos* y sobre lo que más admiraba y menos le interesaba de las aportaciones de Mises y Hayek. Cuando coincidimos personalmente por última vez, en las fiestas de la jubilación como catedrático de la Universidad de Barcelona de nuestro compañero Fabián Estapé, en el Círculo de Economía de la ciudad condal, me limité a darle un abrazo. Hablaba con un hilo de voz, y tenía un gran gesto de cansancio. Telefónicamente le llamé desde Elche para darle la noticia, en nombre del Jurado, de que se le había concedido el Premio Rey Jaime I. Tuve en aquel momento una encomienda difícil. Conseguir la seguridad de que acudiría a recogerlo. Logré escuchar, en una mezcla afectuosa de catalán y castellano, que podía estar tranquilo, que asistiría al acto. Efectivamente, así ocurrió, porque Sardá siempre fue una persona seria, cumplidora.

A lo largo de esta convivencia, en buena parte desde la lejanía, leí más cosas suyas; pregunté incansablemente sobre Sardá a mis muchos amigos de Barcelona; me topé con alusiones suyas, como es lógico, en ese gran notario de la Cataluña contemporánea que es Pla; finalmente, Lucas Beltrán más de una vez me aclaró alguna cuestión sobre su personalidad y, sobre todo, puso los puntos sobre las íes en relación con la intervención de Sardá en los *Decretos de S'Agaró*, de enero de 1937, puntualizándome algunas confusiones que yo tenía y que posteriormente me había de terminar de aclarar el artículo de Josep M.<sup>a</sup> Bricall *El professor Sardá i els «Decrets de S'Agaró»*, que se publicó en el número de homenaje que varios economistas le ofrecimos en la *Revista Econòmica de Catalunya*, mayo-agosto de 1987.

La amplia cultura que tenía Sardá quedó perfectamente esclarecida a través de estas conversaciones. Perteneció nuestro compañero a una familia de la alta burguesía de Barcelona. Era nieto de Joan Sardá i Lloret, un poeta catalán,

del movimiento de la Renaixença, que también escribió muy bien en castellano. Sardá i Lloret era amigo del gran Joan Maragall. Juan Sardá fue, asimismo, sobrino de Francèsc Sardá Ládico, un pintor que gozó de mucho prestigio como ilustrador, sobre todo en *L'Ilustració Catalana*, la *Ilustració Artística* y la célebre *L'Esquella de la Torratxa*. El catedrático de Derecho Internacional José María Triás de Bes, una persona clave de la Lliga y albacea de Cambó, era pariente. Su hermana, Monserrat Trias de Bes, se casó con Santiago Dexeus Font, tío carnal de nuestro compañero. Una vez le pregunté si era pariente de Félix Sardá y Salvany, el presbítero cuya popularidad viene de aquella frase famosa, «el liberalismo es pecado». Me miró con sorna, y contestó ambiguamente: —«Tanto persiguen al pobre liberalismo, que si es pecado lo que no quiere la gente, a lo mejor es verdad». No insistí, y espero que algún erudito me lo aclare algún día.

Juan Sardá y Dexeus había nacido el 13 de abril de 1910; en octubre de 1925 inició sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Su amigo Lucas Beltrán me señaló que desde su entrada en la Facultad, Sardá se distinguió por ser, sin duda de ningún tipo, el más culto de todos sus condiscípulos.

Su primer contacto con la Economía no parece que le había resultado especialmente atractivo. En la Facultad de Derecho la explicaba Jaime Algarra, que había sucedido en la cátedra de Barcelona a su maestro Antonio Flores de Lemus. Algarra tenía como texto una obra propia titulada *Teorética*. Sardá se quejaría más de una vez de que en esta obra la ciencia económica concluía en el neohistoricismo alemán. No existía ni la más leve referencia a Marshall ni a cosa alguna referente al marginalismo. Toda la ciencia económica finalizaba en lo que Algarra llamaba «la novísima dirección científica de la Escuela histórica alemana», dirección que era la de Schmoller. Recomendaba Algarra, como complemento, la *Historia de la Economía Política* de Conrad y también un *Manual* de Charles Gide.

La afición hacia la economía se la comunicarán a Sardá otros discípulos de la escuela de Barcelona de Flores de Lemus: Josep M.<sup>a</sup> Tallada i Pauli y Miquel Vidal i Guardiola, ambos, por supuesto, también historicistas, pero, al menos, preocupados por la vida económica contemporánea. Algarra, me dijo más de una vez Sardá, no se preocupaba de la cátedra: —«Sólo le interesaba su bufete». Además es evidente en Sardá la influencia del estadístico y buen conocedor de la economía española, Josep A. Vandellós.

Sardá hablaba con elogio de Tallada, que era miembro de la Lliga, y Catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales, aunque añadía que, asom-

brosamente, había ignorado toda la corriente marginalista, a pesar de que como ingeniero industrial no tenía problemas matemáticos para poder trabajarla. Precisamente Tallada, que conocía la excelente carrera que había tenido Juan Sardá en la Licenciatura en Derecho —la concluyó en 1929 y recibió el Premio Extraordinario en 1932, tras un ejercicio sobre la Sociedad de las Naciones— se lo llevó de profesor ayudante de Economía, primero a L'Escola d'Administració Pública creada por la Mancomunidad de Cataluña, y más adelante, cuando se nombraron catedráticos de Economía, sin oposición, a Vandellós, Raventós, Tallada y Sánchez Sarto en la Universidad Autónoma de Barcelona, Sardá pasó a ser primer ayudante de Economía en la Facultad de Derecho de ese centro.

Vandellós no tenía nada que ver con Flores de Lemus. En el curso 1925-1926 estudió en Inglaterra. Comprendió que allí estaba la base de una buena orientación para un economista. Por eso en 1929 consigue que Sardá se vaya a Londres, a estudiar en la London School of Economics. Sardá trabajó allí con T.E. Gregory, el autor de la introducción a la reedición de 1928 de la *History of Prices and of the State of the Circulation from 1792 to 1856*, de Tooke y Newmarch, donde quizá germinaría la primera idea de la gran obra de Sardá, la citada *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX*, porque alrededor de este decisivo comentario de Gregory se desarrolló más de una polémica en torno a si Tooke percibió, o no, el desarrollo de los movimientos cíclicos.

Gregory no era keynesiano, pero en 1929 era difícil ignorar los trabajos de Keynes. Sardá volverá de Londres conociendo orientaciones muy diferentes de las que se oían en las perezosas cátedras neohistoricistas españolas. Por eso, ya sabe orientarse cuando en 1930 pasa a estudiar *Staatswirtschaft* en la Universidad de Munich con Adolfo Weber, quien le descubre definitivamente la importancia fundamental de Marshall y la enorme fuerza ascendente que tenía Schumpeter.

Al volver a España tomará contacto con nuestro compañero Luis Olariaga, al cursar las asignaturas precisas para alcanzar el título de Doctor. La tesis que lee en 1932, la dirigió a distancia Adolfo Posada. El tema escogido había sido el *Derecho internacional de carácter económico*.

Políticamente Sardá mantuvo, simultáneamente, buenas relaciones con la Lliga Catalana, reconstruida en 1932-1933, mientras acentuaba su carácter derechista y, a través de los miembros del bufete de Joan Lluhí i Vallescá, con la Esquerra Republicana de Catalunya. Lluhí había sido pasante del padre de Sardá. Después de haber hablado a fondo y con mucha franqueza con nues-

tro compañero, creo poder asegurar que se sentía en la etapa republicana más cerca de Esquerra que de la Lliga, aunque no militó jamás en ninguno de los dos partidos.

En el *Pròleg* que escribí en 1970 para la obra de Albert Pérez Baró, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya (1936-1939)*, me tuve que plantear una actuación política de Sardá. Por supuesto que en la Guerra Civil bajo la inspiración de Tarradellas trabaja dentro del ya mencionado *grupo de S'Agaró*. Dirá Sardá con orgullo no disimulado en unas declaraciones que Baltasar Porcel publicará en *Serra d'Or* que el modelo autogestionario yugoslavo procede de los trabajos de este grupo. Exactamente manifestará: «Jo sostinc que els iugoslavs (lo) han copiat». Después, en el Estado Mayor, protegido por ser pariente lejano del general Pozas y de su yerno, el general Carvajal, participará en las batallas de Teruel y del Maestrazgo, en el bando republicano. Tras la derrota sufrida por este ejército, huye a Francia, y pasa a zona nacional. Allí entra en contacto con el grupo *Destino* en el que, por cierto publicaba comentarios económicos, con el seudónimo de Ramón Colmeiro, Román Perpiñá Grau. Triás de Bes le coloca de traductor de alemán, parece que para preparar el famoso *Boletín de Información* que, como ha descubierto Ricardo de la Cierva, proporcionaba a Franco una completísima información de la situación internacional, aparte de la española, a través de documentos y artículos extranjeros. Cuando concluye la guerra, podríamos decir que la etapa de formación de Sardá ha terminado.

Ha abierto las ventanas a paisajes científicos cada vez más amplios. Ha adquirido dosis notables de escepticismo político. Su carrera en la Universidad Autónoma de Barcelona, ha quedado truncada. Su maestro Tallada se ha trasladado a la Universidad de Salamanca. Vandellós se ha exiliado. Mantendrá después una relación muy afectuosa con nuestro compañero. Vandellós morirá en Ithaca (Nueva York) en 1950. Algarra no quiere saber nada de Sardá. Vidal i Guardiola estaba en Nueva York. Sólo le quedaba Olariaga. Así es como yo le encontré en aquella sala del Consejo Superior Bancario.

Olariaga me pidió que yo ayudase a Sardá siempre que pudiese. Estos encargos constituyen algo así como una servidumbre perenne, que no se debe soslayar. Me examino y me encuentro con mi colaboración en su homenaje en la *Revista Económica de Catalunya*, en relación con su papel en el Banco de España; mi apoyo firmísimo a que le fuese discernido el citado Premio Rey Jaime I de Economía; mi dirección de la tesis *Aportaciones de Juan Sardá a la economía española*, de Carmen Martínez Vela, de la que fue tutor Lucas Beltrán Florez; algún artículo de periódico; ésta misma intervención.

No estoy convencido de que esto haya de ser todo lo que yo deba hacer por Sardá. Sobre todo porque me doy cuenta que no he sido capaz de destacar una de sus características básicas. Locke, cuando escribe en 1690 la *Epístola al lector* de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* dice de sí mismo: «Me quedará siempre la satisfacción de haber buscado la verdad y la utilidad». Mientras yo no logre señalar, de manera incontrovertible, cómo Sardá también fue un constante buscador de la verdad y de la utilidad, no habré ayudado a que su figura ocupe el lugar que, a mi juicio, debe tener quien fue uno de los más importantes compañeros que se han sentado en torno a esta mesa.

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Fabián Estapé Rodríguez

Después de las brillantes y sentidas disertaciones que han corrido a cargo de Manuel Alonso Olea y de Juan Velarde Fuertes, me corresponde —por turno riguroso— cerrar estas necrologías en las que se evoca —en una atmósfera de recogimiento que pocas veces se ha registrado en esta Sala—, cerrar la sesión, advirtiendo —lo que es de sobras conocido— que el que os habla mantuvo con Juan Sardá Dexeus una larga y prolongada relación que, para ser precisos, se remonta a 1948.

Tuve la oportunidad de tratar a Sardá cuando dejaba mis estudios iniciales de Historia del Derecho —bajo los dobles magisterios de D. Ramón Carrande y D. Luis G. de Valdeavellano. Y de Juan Sardá comencé a aprender Economía. Fue un aprendizaje singular porque lo que se inició como magisterio se convirtió en una amistad intensa y fructífera. Me convertí en un «asiduo» de las conversaciones tan enriquecedoras de Juan Sardá. Fui un visitante asiduo de su despacho de la calle Provenza. Entonces comencé a contemplar en Sardá la complejidad de su espíritu: más de una vez fui un visitante mientras nuestro compañero «tomaba» sus lecciones de Matemáticas y Latín. Entre otras cosas, Juan Sardá fue un hombre que unía a su talento excepcional una gran cultura, un gran deseo de explotar los filones de cultura que, en su caso, procedían de su abuelo. Permitidme que lo que sigue a continuación sean retazos de una biografía de Juan Sardá Dexeus que quisiera entregaros a no tardar.

Un buen día, dejando correr las horas en el despacho de Provenza, Juan Sardá me dijo sencillamente: «Mi madre me dice que en estos momentos le

queda solamente un ejemplar de las obras del abuelo Sardá en castellano (dos volúmenes) y uno de la serie en catalán; si los quieres, son tuyos». Ya podéis comprender la rapidez con la que acepté tan generosa oferta. Allá se encontraban las *Obras Escogidas* de Juan Sardá (abuelo de nuestro compañero), unas obras que no sólo poseían un valor intrínseco que conservan hoy, cerca de un siglo de su publicación, y que vieron la luz cuando Juan Sardá Dexeus —a los cuatro años— se convirtió en un huérfano marcadamente prematuro.

Los libros del abuelo de Juan Sardá Dexeus no han recibido, todavía, el reconocimiento debido. Aquí me corresponde explicar que no se trata —ni se trató— de una actuación literaria singular; por el contrario, deben contemplarse bajo el prisma de la labor de un puñado de escritores catalanes, a comienzos de siglo, que, por causas no totalmente explicadas en el día de hoy, deciden «cambiar de trinchera». Son hombres de la dimensión de Joan Maragall y Joan Ixart, seguramente dispuestos a aprovechar las oportunidades de un sagaz onubense llamado Modesto Sánchez Ortiz les ofrecía en este nuevo órgano de comunicación, llamado a ser el portavoz de la burguesía ilustrada catalana, y me estoy refiriendo, claro está, a *La Vanguardia*, nacida en febrero de 1881 ¡para defender los ideas de D. Práxedes Mateo Sagasta! Sardá fue la cabeza y el impulsor; se prodigó a lo largo de artículos, traducciones y publicaciones en un terso castellano que también supo acompañar de un estilo catalán de primer orden.

Nuestro hombre —que reclama una adecuada biografía— falleció el día 4 de diciembre de 1898.

Juan Sardá, escritor y poeta, estímulo de jóvenes y auténticamente patriota, presenta —y en la hora actual os aseguro que no es poco— la doble gloria de haber sabido efectuar el «salto» del ya caduco *Diario de Barcelona* a la prometedora *Vanguardia*, pero sobre todo la de haber sido un constante incitador de los primeros pasos del que sería el gran vate catalán del siglo xx, Joan Maragall, el de *La vaca cega*, el de las impercederas epístolas con D. Miguel de Unamuno. Todo lo que se ha contado de la fiesta nupcial de D. Joan Maragall con Clara Noble, y que tuvo a Juan Sardá por inspirador, nos habla de unos tiempos y de unos hombres que supieron vivir.

Bajo estas condiciones, con el desgarró ya dicho que nos sitúa a nuestro querido compañero con la Sra. Ladico y dos hermanos, de los cuales María nos acompaña por fortuna, la infancia de Juan Sardá y Dexeus transcurrió por el camino entonces trillado: el bachillerato y la carrera de Derecho. La carrera de Derecho fue para Juan Sardá un camino que tenía que llevarle muy lejos, y, más de una vez, al otro lado del Atlántico. Juan Sarda vivió, y con gran intensi-

dad, la puesta en marcha —con todos sus inconvenientes que, como me decía Pericot, fueron muchos— de la Universidad Autónoma de Barcelona; una Universidad que derivaba su existencia del Estatuto de Autonomía y que, bajo el magisterio o bajo la Rectoría sucesiva de Jaime Serra Hunter y Pere Bosch Gimpera (el principal prehistoriador de la época), se disponía a emprender una nueva ruta, con cambios de planes, introducción de materias nuevas, mayor opcionalidad para los estudiantes y, también, por qué no decirlo, una mayor exigencia al profesorado.

Juan Sardá Dexeus fue uno de los profesores jóvenes de la joven Universidad. Sobre aquella época, como ha notado certeramente Juan Velarde en su sugestivo *Primeros Maestros*, quedan sombras y episodios poco claros. Piénsese, por ejemplo, que cuando el experimento estaba en sus comienzos, se produjo el lamentable suceso del 6 de octubre de 1934 que determinó, entre otras cosas, que el Rector de la Universidad —Bosch Gimpera— engrosara las filas de los sometidos a prisión.

Lo que a mi me interesa señalar ahora es que en los comienzos mismos de la Universidad Autónoma perdura —al cabo de unas décadas— la huella del gran maestro que fue D. Antonio Flores de Lemus. No puedo dejar de invitar a mis compañeros a una lectura de la narración insuperable de Gaziel; tampoco puedo dejar de pasar la huella de Flores de Lemus sobre todo, y en primer lugar, en Manuel Reventós Bordoy, Luis Nicolau d'Olwer, Miguel Vidal y Guardiola... Tal vez no es ésta la ocasión para llenar estos vacíos tan certeramente señalados por Juan Velarde. No puedo olvidar que Joan Reventós Carner, nieto del que fuera Ministro de Hacienda con Manuel Azaña, me abrió —en 1944— la biblioteca de su padre, un verdadero *sancta sanctorum*. Allí pude comprobar que la influencia de Flores de Lemus consumió menos de tres años y que, tal vez esta observación ahora tenga interés, el viejo maestro orientó a lo más escogido de sus alumnos hacia la Administración Local. El reformador por excelencia puso también su empeño en mejorar lo que tenía a su vera.

En este momento, creo llegado el instante de detenerme unos breves minutos en la cuasi-adscripción de Juan Sardá en los más altos estratos del Ministerio de Hacienda. Me refiero, concretamente, a la oferta que le hizo el compañero que, por enfermedad, nos tiene privados de su compañía, D. Mariano Navarro Rubio, quien, plenamente convencido de las cualidades de Sardá, le brindó, y con insistencia, la posibilidad de ocupar la Dirección de Banca y Bolsa. El episodio puedo contarlo porque lo viví sin interrupción. Sardá opuso resistencias ligadas a su carácter, y por el servicio a la lealtad no dejó de advertir al Ministro que había hecho la guerra en el bando republicano y que, por sus antecedentes,

podía causarle quebrantos, no sin aludir a algún tropiezo obra de algún «fanático». Sé que, cuando esto fue expuesto por el Ministro de Hacienda al jefe del Estado, éste contestó, sin vacilar: «Estoy harto de estas interferencias que sólo tienen por resultado que gente de valía deje de colaborar con nosotros».

Valga el episodio porque creo, sinceramente, que todos cuantos intervienen en él resultan sobradamente reflejados, sobre todo en sus virtudes. Para Juan Sardá, que habría sido un magnífico Director General de Banca y Bolsa, lo sucedido fue providencial, en particular para la economía española: le permitió abordar la construcción, y me gusta emplear el término, de un gran Servicio de Estudios del Banco de España. Sardá siempre fue incapaz de comprender la falta de autoridad del Banco de emisión. No digamos ya de aquella etapa en las que las emisiones de Deuda Pública pignorable hacían del Banco de la Cibeles un surtidor automático de liquidez.

En el transcurso de una de mis numerosas conversaciones con Juan Sardá Dexeus, me aconsejó —certeramente, desde luego— con respecto a la redacción de la que en diciembre de 1953 se convirtió en mi tesis doctoral: *La Reforma Tributaria de 1845*, una tesis que, junto a la actuación decisiva del Ministro de Hacienda Alejandro Mon, sirvió también para poner de relieve la intervención del que fuera Gobernador del Banco de España, Ramón de Santillán. Sardá, después de leer mis esquemas y de corregir mis borradores, no vaciló en recomendarme la labor —totalmente justificada al cabo de los años— de estudiar la actuación de un grupo de catalanes —eran el general Juan Prim y Prats y Laureano Figuerola, su Ministro de Hacienda— que, en unos momentos cruciales de la segunda mitad del siglo xix, concretamente en la llamada con énfasis la «Gloriosa», habían sido de primer orden en la tarea de «europeizar» la economía española. Después de la sublevación coordinada por Prim, Serrano y Topet en la bahía de Cádiz, existió un impulso —de corta duración, por desgracia para que la economía española jugara, dejando a un lado el proteccionismo caduco— la carta de la Unión Monetaria Latina.

Como si fuera en este momento recuerdo cuándo, Juan Sardá, después de explicarme lo que con tanta claridad expuso en su magistral artículo en *Quarterly Journal of Economics* y en el libro que le editó el Consejo, me hizo un regalo que —no lo duden— guardo como oro en paño. Se trataba de la acuñación en plata de la «Peseta», en la Barcelona de 1809. Pero la acuñación no terminó en manos francesas: bajo una constelación de monedas, fue el Ministro de Hacienda del General Prim, el ya citado Laureano Figuerola (figura inolvidable de esta Academia) quien en el mes de octubre de 1888 resolvió la acuñación de la Peseta en el noble metal de la plata. Los mordiscos de la inflación han reducido la peseta de Figuerola a esa «lenteja» que les ruego contemplen con cierta conmiseración.

Ahora, según muchos expertos, nos acercamos a la época del «euro». Esperemos que los estragos de la inflación alejen de la futura moneda europea lo que no pudo evitarse (¿o sí?) con respecto a una unidad monetaria —una moneda de plata— que aportaron los franceses mientras ocupaban Cataluña y que, medio siglo después, un hombre de la talla de Laureano Figuerola supo poner en circulación y establecer como unidad del sistema monetario español.

No quiero omitir la narración de esta anécdota de nuestro querido compañero: tal vez sabía por su abuelo que Laureano Figuerola sufría frecuentemente esos dolores denominados «migrañas». Me decía Sardá que estas migrañas le venían causadas por las incesantes visitas de los fabricantes catalanes que se resistían a aceptar la base 5.<sup>a</sup> de los futuros Aranceles. La historia —que tal vez se condensa en una simple anécdota— termina diciendo que el remedio solía consistir en que el General Prim, cuyo Padre, y dispensen, se llamaba Jaime Prim y Estapé, acariciara la frente del atribulado Ministro de Hacienda y lograba el retorno a la normalidad del más ilustre de los hijos de Calaf.

Pero ahora, y dándome cuenta de la extensión de estas líneas, voy a limitarme a referir las intervenciones llenas de sentido común de Juan Sardá en los dos primeros cursos de la recién inaugurada Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona. Después, y gracias a una feliz intervención de nuestro presidente, el Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana, Sardá pudo concursar a la Cátedra de Hacienda Pública de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde proyectó su magisterio como Decano. Todo ello se produjo antes del definitivo traslado del Servicio de Estudios del Banco de España.

Yo he tenido el privilegio —de algo ha de servir vivir en provincias— de conversar con Juan Sardá (siempre con la excepción de los jueves) y para concluir esta ya larga disertación, con una referencia respetuosa y amable para su esposa María Cinta Cruells, y también la de su hija Ana Carreras, he de referirme —no sin emoción— a mi última conversación con Juan Sardá, balanceándose en su sillón preferido, rodeado de periódicos y revistas. Juan Sardá, no sin provocar una cierta sorpresa por mi parte, aceptó que la conversación se situara en torno a los acontecimientos del mes de julio de 1959, en los que, como sabemos, había tenido un papel estelar. Pues bien, mi Juan Sardá tan propenso a la autocritica me dijo literalmente que, en aquella ocasión, «seguramente nos pasamos en el frente de la estabilidad de precios, en detrimento del objetivo superior: el crecimiento».

Valga esta anécdota final para recordar que nuestro querido compañero sabía aplicar el caudal inmenso de sus conocimientos y, acto seguido, casi medio siglo después, lo ponía en acción para sugerir una adecuada rectificación.